

1  
Un abuelo nuevo



Bette Babs Buitelaar no sabía absolutamente nada de la Unión de Productores de Embutidos y Carne de Cerdo, ni tampoco del Campeonato de Salchichas del Siglo.

Tenía casi nueve años y vivía con su padre y su madre en la calle de la Manzana, en un pueblo llamado Moppel.

Un día ocurrió algo extraño.

Sonó el timbre y Bette Babs fue a abrir. En la puerta se encontró a un hombre mayor con dos maletas enormes. Tenía los ojos llorosos, las orejas arrugadas y la calva le brillaba como si alguien se la hubiera untado con mantequilla.

La mamá de Bette Babs llegó por el pasillo, detrás de ella, y se sobresaltó:

—¿Abuelo Tuitjes? —preguntó.

El señor llamado abuelo Tuitjes empujó las maletas hacia dentro y miró a su alrededor.

—Hola, ya estoy aquí —dijo con un profundo suspiro.

Mamá se quedó mirándolo atónita.

—¿Abuelo Tuitjes? Eres tú, ¿verdad? ¿A qué has venido?

—He venido a pasar unos días —respondió el abuelo Tuitjes con jovialidad—. El viento se llevó mi casa. ¿No le ofreces nada de beber a tu abuelito?

Mamá se frotó las manos, miró a Bette Babs y fue a por un vaso de zumo de manzana.

—Bueno, primero pasa y siéntate —dijo.

—Gracias, cariño.

Entonces el abuelo Tuitjes les contó que un huracán se había

llevado la casa donde vivía en Estados Unidos, que había hecho un viaje en avión de doce horas más una hora de taxi, que estaba cansado y que tenía ganas de ir a su habitación.

—De aquí a seis semanas tendré la casa arreglada. Mientras tanto, me quedo de visita familiar. ¿Dónde está la habitación de invitados?

—En la casita del jardín —respondió mamá sin pensárselo mucho, a la vez que echaba un vistazo al reloj.

Papá estaba a punto de llegar. Mejor dicho, papá estaba llegando en aquel momento, porque Bette Babs oyó la puerta de la cocina. Papá entró en el salón y miró las maletas.

—¿Qué hace aquí este señor? —preguntó sorprendido.

—Es el abuelo Tuitjes —respondió Bette Babs.

—¿Quién es el abuelo Tuitjes?

—Soy yo —dijo el abuelo Tuitjes—. ¿Y usted qué hace aquí?

—Yo vivo aquí —dijo papá.

—Ah, pues yo me hospedo aquí —contestó el abuelo.

Bette Babs soltó una carcajada y explicó:

—El viento se ha llevado su casa. Se queda seis semanas en la casita del jardín.

—Sois muy amables por dejar que me quede —dijo el abuelo—. ¡Qué ganas tenía de conocer por fin a mi bisnieta! Ven aquí con el abuelo, preciosa.

Bette Babs se acercó y el abuelo la miró de arriba abajo.

—¡Cuánto has crecido! —exclamó con admiración—. ¿Cómo has dicho que te llamas?



—Bette Babs —contestó Bette Babs con una risita. ¿Que había crecido? ¡Pero si no la había visto nunca antes!

El abuelo dejó de mirarla.

—¿Ahora puedo ir a deshacer las maletas?

Papá abrió la boca y la volvió a cerrar. Por lo visto, él entendía aquella situación aún menos que mamá.

—Ve a tu habitación —ordenó a Bette Babs.

Bette Babs fue al pasillo y pegó la oreja a la puerta. Pero, desde allí, no pudo seguir bien la conversación. El abuelo decía cosas como:

—... un gran huracán..., solo seis semanas..., sentía añoranza...

Y papá replicaba:

—... nunca nos habíamos visto antes..., presentarse así por las buenas..., habrías podido llamar...

A lo que el abuelo continuaba:

—... una sorpresa..., querida familia..., los lazos de la sangre...

Por suerte, no parecía que estuvieran enfadados. Papá y mamá eran buenas personas y seguro que no iban a dejar a un anciano en la calle.

La puerta se abrió y papá, que cargaba las maletas, se encontró cara a cara con Bette Babs.

Muerta de curiosidad, Bette Babs fue detrás de él.

—¿De verdad que es mi abuelo? —preguntó.

—Es el abuelo de mamá —puntualizó papá—. Hace mucho tiempo emigró a Estados Unidos. Fue a hacer salchichas o algo así. Mamá tampoco lo sabe exactamente, porque era muy pequeña en aquel entonces. No se habían vuelto a ver. Me parece que ella pensaba que había muerto.

—¿A hacer salchichas? —dijo Bette Babs con una risita maliciosa.

Mamá no comía nunca carne. Como decía siempre papá, era más vegetariana que una verdulería.

—A mí me parece un buen hombre —añadió la niña.



—Puede ser. A mí me resulta un viejo estrafalario. Pero es familia. Y dice que de aquí a seis semanas se vuelve a Estados Unidos.

Fueron a la casita del jardín y papá le llevó las maletas.

—La verdad es que todo esto es muy raro —masculló.

Y estaba en lo cierto.

Bette Babs salió a la calle y fue corriendo hasta la esquina. Allí vivía Tino, su mejor amigo.

—¡Tengo un abuelo! —exclamó emocionada.

—Yo también —dijo Tino.

—Pero el mío es nuevo. Y muy viejo, de Estados Unidos. Se queda seis semanas en casa, hasta que le reconstruyan la suya.

Tino la acompañó a ver cómo era el abuelo nuevo. El abuelo estaba en la casita del jardín abriendo una maleta.



—Hola, soy Tino —se presentó Tino.

—Genial —contestó el abuelo Tuitjes—. Hazte a un lado, jovencito, tengo que abrir la maleta.

—Señor Tuitjes... —empezó a decir Bette Babs.

—Llámame abuelo, cariño —dijo amable el abuelo.

—Hum, abuelo, ¿qué vas a hacer ahora?

—Nada especial: descansar en mi vieja y querida Holanda, quizá visitar a algún amigo y conocerte a ti. ¿Estás contenta de que haya venido?



—Sí, mucho.

—Yo también —dijo el abuelo—. ¿Me ayudas un momento a deshacer la maleta?

El abuelo abrió la maleta y Bette Babs lo ayudó a ordenar la ropa en el armario. De pronto, el abuelo le pegó un grito a Tino:

—¡Eh, tú, no toques eso!

Bette Babs se dio la vuelta y vio que Tino había puesto la otra maleta en el suelo y estaba abriendo la cerradura.

El abuelo fue apresuradamente hacia él, volvió a cerrar la cerradura y la empujó debajo de la cama.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Bette Babs con curiosidad.

—Diarios personales —respondió el abuelo—. Son asuntos privados. Y ahora voy a echar una siesta. Hasta luego.

Y los empujó hacia el jardín.

—Esa maleta es demasiado grande para unos cuantos diarios —comentó Tino.

—El abuelo es muy viejo. Y cuando eres muy viejo, seguro que tienes muchos diarios —dijo Bette Babs—. Quizá se los quiere volver a leer.

—¿Quién relee sus propios diarios? ¡Si ya sabes cómo acaba todo! Y sus orejas son raras.

Luego, fueron a jugar al parque.

*Un día no tienes  
ningún abuelo y  
al día siguiente  
tienes uno viviendo  
en casa.*



## 2 El abuelo y Tino



El abuelo había caído del cielo de una manera un poco extraña, pero era supersimpático. Hacía lo posible para que todo el mundo estuviera a gusto, y lo lograba.

Desde el primer día, fregaba los platos silbando y arrancaba las malas hierbas del jardín canturreando.

A Bette Babs le contaba historias del pasado, sobre carros de caballos y sobre patatas que valían diez céntimos el kilo. Entre una cosa y otra, también le enseñó a tirar piedras contra latas vacías usando una goma. El abuelo lo hacía con los tirantes. Y tenía buena puntería. Desde su casita le daba fácilmente a una lata colocada en el otro extremo del jardín.



También le enseñó a hacer muecas. Bette Babs descubrió por casualidad que las muecas eran su pasatiempo. El segundo día, cuando por la mañana fue a la casita del jardín, vio al abuelo

